

me amenaza también... ¡Oh, amigo mío! Destinada estoy quizás á ser la víctima propiciatoria que recompense á algún favorito. Se proponen arrastrarme á la corte del Emperador, en donde tienen su asiento la falsedad y las intrigas, y allí me esperan las cadenas de un odioso himeneo. ¡Sólo el amor... sólo vuestro amor puede salvarme!

RUDENZ.—¿Y podríais resolveros á vivir aquí, á ser mía, en mi propia patria? ¡Oh Berta; mi único anhelo en este mundo era llamaros mía! Os buscaba en el sendero de la gloria, y mi ambición era sólo mi amor... Pero si os decidís á encerraros en estos valles pacíficos, y renunciar á las vanidades terrenales... ¡oh! entonces he logrado mi mas vivo deseo, y la corriente alborotada del mundo puede estrellarse en esta segura orilla... Ningún afán transitorio siento ya en medio de la vasta extensión de la vida. ¡Ojalá que estas rocas formen á nuestro rededor infranqueable muralla, y que sólo este valle aislado quede expuesto al cielo y á la luz!

BERTA.—Ahora eres tú como mi corazón sensible te habia soñado; mi fe no me habia seducido vanamente.

RUDENZ.—¡Adiós, pues, necia ilusión, que me engañaste! En mi patria encontraré mi mayor ventura. Aquí, en donde pasó alegre mi infancia, en donde árboles y fuentes se ostentan llenos de vida, aquí, en mi patria, ¿quieres ser tú mía? ¡Ay de mí! Siempre la amé. Conozco que, sin ella, no hubiese habido para mí placer ni dicha alguna.

BERTA.—¿En dónde se hallarán las Islas afortunadas, si no están aquí, en esta mansión de la inocencia? ¿Aquí, en donde habita la lealtad antigua como en su propio domicilio, en donde la falsedad es desconocida? La envidia no enturbiará la fuente de nuestra felicidad, y las horas correrán para nosotros siempre tranquilas... Te considero revestido de la verdadera dignidad humana, el primero entre tus iguales, hombres libres, tributándote puro y sin-

cero homenaje, y grande como un soberano en su reino.

RUDENZ.—Y yo te contemplo reina de todas las mujeres, seductora en tus quehaceres domésticos, una gloria mi casa, y como la primavera prodiga sus flores, así tú, con tu gracia y tu belleza, vivificarás y encantarás á cuanto te rodea.

BERTA.—Ya sabes la causa de mi aflicción, cuando te veía destruyendo con tus manos tu propia y suprema ventura... ¡Ay de mí! ¡Cuán deplorable no fuera mi destino, si yo hubiese de seguir á su castillo sombrío á ese orgulloso caballero, tirano de mi país?... Aquí no hay ningún castillo, ni murallas que me separen del pueblo, cuya dicha es mi voto más ardiente.

RUDENZ.—Pero ¿cómo salvarme... cómo desatar los lazos, que yo mismo me he preparado en mi delirio?

BERTA.—¡Rómpelos con energía varonil! ¡Suceda lo que quiera... quédate con tu pueblo! ¡He ahí tu puesto! (Suenan á lo lejos trompas de caza.)

ESCENA III.

Un prado, cerca de Altdorf; árboles, en el primer término del fondo, y, detrás, un sombrero en el extremo de un palo. El Baunberg limita por detrás el horizonte, y se alza sobre esa cadena de montañas un pico, cubierto por la nieve.

FRIESSHARDT y LEUTHOLDO hacen centinela.

FRIESSHARDT.—En vano esperamos. Nadie pasará por aquí y saludará al sombrero. Ayer habia tanta gente como en una feria; hoy está desierta esta pradera, desde que se ha puesto ahí ese espantajo.

LEUTHOLDO.—Sólo la gentuza acude, y saluda con sus gorras desgarradas. Los hombres honrados prefieren dar un rodeo largo á hacer sus cortesías al sombrero.

FRIESSHARDT.—Han de pasar necesariamente por este paraje al mediodía, después que salgan del Ayuntamiento. Ya pensaba yo en hacer una buena presa, porque ninguno se cuidaba del sombrero. Entonces se presentó Rösselmann, el cura... que llegaba con el Viático de la casa de un enfermo... y se paró con el Santo Sacramento al pie del palo... el sacristán tocó la campanilla, y todos, y yo, nos arrodillamos, y se prosternaron ante el Viático, no ante el sombrero...

LEUTHOLDO.—Oye, compañero; estoy por decir que estamos aquí á la vergüenza ante el sombrero... Es mengua para un soldado de á caballo hacer aquí centinela á un sombrero solo... Todo hombre honrado nos despreciará sin remedio... ¡Saludar á un sombrero! ¡Sí; hay que confesar que es un capricho necio!

FRIESSHARDT.—Y ¿por qué no á un sombrero vacío, sin cabeza que lo lleve? Bien te inclinas tú, sin embargo, ante cabezas tan desprovistas como él de seso. (Hildegarda, Matilde é Isabel se aparecen con sus hijos, y se colocan alrededor del palo.)

LEUTHOLDO.—Tú eres tan celoso bribón, que serías capaz, de buen grado, de ofender á estas pobres gentes. Que pase, pues, quien quiera junto al sombrero; yo cierro los ojos y nada veo.

MATILDE.—¡He ahí al Gobernador!... ¡Mestradle respeto, muchachos!

ISABEL.—Dios permita que se vaya, y sólo nos deje su sombrero. No estaríamos peor en este país.

FRIESSHARDT. (Echándolas.)—¡Fuera de aquí, endiabladas mujeres! ¿Quién os llama? Enviadnos vuestros maridos, si tienen valor para mofarse de nuestras órdenes. (Vanse las

mujeres; Tell se adelanta con su ballesta, trayendo su hijo de la mano; pasan junto al sombrero, sin reparar en él, hacia el proscenio.)

GUALTERIO. (Señalando hacia Baunberg.)—¿Es verdad, padre, que allá, en aquella montaña, sangran los árboles, cuando se les hiere con el hacha?

TELL.—¿Quién lo ha dicho, muchacho?

GUALTERIO.—El rabadán lo ha dicho... Asegura que están encantados, y que la mano de quien los ofende sale de su sepulcro.

TELL.—Es verdad que los árboles están encantados... ¿Ves allí esas montañas, esos picachos blancos, que se pierden en las nubes?

GUALTERIO.—Son la región de las nieves heladas, que retumban por la noche, y nos envían las avalanchas.

TELL.—Así es; y largo tiempo hace que habrían sepultado al pueblo de Altdorf bajo su peso, si no lo protegiese el bosque con sus árboles.

GUALTERIO. (Después de una pausa.)—¿Hay países, padre mío, sin montañas?

TELL.—Cuando se baja de estas alturas, siguiendo siempre el curso del río, se llega á una región extensa y llana, en donde los torrentes no despiden espuma, ni braman, y las aguas corren tranquilas y calladas. La vista se dilata por vastos horizontes, sin estorbo alguno, y el trigo crece en bellos y vastos campos, y la tierra parece un perpetuo jardín.

GUALTERIO.—¿Y por qué no nos encaminamos en seguida á ese país delicioso, en lugar de permanecer aquí, siempre en la angustia y el tormento?

TELL.—La tierra es bella y fértil, como el cielo es hermoso; sin embargo, quienes la cultivan no gozan de los frutos que sembraron.

GUALTERIO.—¿No son libres, como tú, en su propio patrimonio?

TELL.—El campo es del Obispo y del Rey.

GUALTERIO.—¿Pero cazarán, cuando quieran, en los bosques?

TELL.—La caza terrestre y la volátil pertenece al señor.

GUALTERIO.—Pero ¿pesarán á lo menos en los ríos?

TELL.—Los ríos, la mar y la sal son del Rey.

GUALTERIO.—¿Quién es ese Rey, á quien todos temen?

TELL.—El único que los protege y los mantiene.

GUALTERIO.—¿No pueden ellos defenderse?

TELL.—El vecino ni aun de su vecino se fia.

GUALTERIO.—Con estrechez, oh padre, viviría yo en región tan ancha. Prefero habitar bajo la amenaza de los ventisqueros.

TELL.—Sí, hijo; vale más la compañía temible de los valles, cubiertos de nieve helada, que la de los hombres perversos. (Hacen ademán de pasar adelante.)

GUALTERIO.—Mira, padre, ese sombrero en lo alto de un palo.

TELL.—¿Qué nos importa? Vámonos. (Al andar, Friesshardt le presenta la lanza.)

FRIESSHARDT.—¡Deteneos; no deis un paso, en nombre del Emperador!

TELL. (Agarrando la lanza.)—¿Qué queréis? ¿Por qué me detenéis?

FRIESSHARDT.—Habéis faltado, violando el bando del Gobernador. ¡Seguidnos!

LEUTHOLDO.—No habéis hecho el saludo al sombrero.

TELL.—Vaya, buen amigo, dejadnos en paz.

FRIESSHARDT.—¡A la cárcel, á la cárcel!

GUALTERIO.—¿Mi padre á la cárcel? ¡Socorro, socorro! (Gritando.) ¡Venid aquí, amigos, socorrednos! ¡Injusticia, injusticia! ¡Que lo llevan preso! (Rösselmann el cura, y Petermann el sacristán acuden con otros tres hombres.)

EL SACRISTÁN.—¿Qué sucede?

RÖSSELMANN.—¿Por qué pones la mano en este hombre?

FRIESSHARDT.—¡Es un enemigo del Emperador, un traidor!

TELL. (Sacudiéndolo con violencia.)—¿Yo un traidor?

RÖSSELMANN.—Te engañas, amigo. Es Tell, honrado y buen ciudadano.

GUALTERIO. (Que ve á Gualterio Fürst, y corre hacia él.)—¡Socorro, abuelo! ¡Prenden sin derecho á mi padre!

FRIESSHARDT.—¡Vamos; vamos á la cárcel!

FÜRST. (Saliendo á su encuentro.)—¡Yo soy su fiador! ¡Deteneos!... ¡Decidme, por Dios, qué ha sucedido... Tell! (Llegan Melchthal y Stauffacher.)

FRIESSHARDT.—Desprecia el poder supremo del Gobernador, y no quiere reconocerlo.

STAUFFACHER.—¿Lo ha hecho Tell así?

MELCHTHAL.—¡Mientes, bribón!

LEUTHOLDO.—No ha saludado al sombrero.

FÜRST.—¿Y ha de ir por eso á la cárcel? Acéptame, amigo, por fiador, y déjalo en libertad.

FRIESSHARDT.—Guarda para tí, y para tu defensa, tu fianza. Nosotros obedecemos á quien nos manda... ¡Llévao! lo!

MELCHTHAL. (A sus compatriotas.)—¡No; esta es una arbitrariedad escandalosa! ¿Hemos de consentir, que, con esa insolencia, lo lleven preso en nuestras barbas?

EL SACRISTÁN.—¡Podemos más que ellos! ¡No lo toleréis, amigos! Los demás nos ayudarán.

FRIESSHARDT.—¿Quién se opone al cumplimiento de las órdenes del Gobernador?

OTROS TRES. (Que acuden.)—Nosotros os ayudamos. ¿Qué sucede? ¡Derrivadlos en tierra! (Vuelven Ildegarda, Matilde é Isabel.)

TELL.—Me basto á mí mismo. Idos, buena gente. ¿Creéis que, si yo quisiera resistirme, me amedrentarían sus alabardas?

MELCHTHAL. (A Friesshardt.)—¡Prueba á llevártelo de aquí!

FURST y STAUFFACHER.—¡Sosegaos! ¡Haya paz!

FRIESSHARDT.—¡Motín y sedición! (Se oyen trompas de caza.)

LAS MUJERES.—¡Aquí viene el Gobernador!

FRIESSHARDT. (Levantando la voz.)—¡Motín y sedición!

STAUFFACHER.—¡Grita hasta reventar, bribón!

RÖSSELMANN y MELCHTHAL.—¿Quieres callar?

FRIESSHARDT. (Gritando más.)— ¡Socorro, socorro á los guardadores de las leyes!

FURST.—¡Ah de nosotros! ¡Ahí está el Gobernador! ¿Qué sucederá ahora? (Gessler, á caballo, con el halcón en el puño; Rudolfo de Harras, Bertha y Rudenz; numeroso séquito de criados armados, que llenan la escena alrededor.)

RUDOLFO.—¡Plaza, plaza al Gobernador!

GESLER.—¡Dispersadlos! ¿A qué tanta gente? ¿Quién pide auxilio? (Silencio general.) ¿Quién era? Quiero saberlo. (A Friesshardt.) ¡Acércate tú! ¿Quién eres, y qué te ocurre con ese hombre? (Da el halcón á un criado.)

FRIESSHARDT.—Poderoso señor; soy uno de tus hombres de armas, centinela por tus órdenes de este sombrero. He sorprendido en flagrante delito á este hombre, que rehusaba saludarlo. Intentaba llevarlo á la cárcel, como tú mandaste, y el pueblo se preparaba á libertarlo.

GESLER. (Pausa.)—¿Así desprecias tú á tu Emperador, oh Tell, y á mí, que lo represento, y rehusas reverenciar ese sombrero que hice poner en ese palo para probar vuestra obediencia? Dejaste entrever así tu dañada intención.

TELL.—Perdonadme, buen señor; por inadvertencia, no por mofa, lo hice. Si yo lo hubiese hecho con premeditada intención, tan verdad como me llamo Tell, que no implorara vuestra clemencia, aunque así y todo no la invocaría más.

GESLER. (Después de un momento de silencio.)—Dicen que eres maestro en tirar la ballesta, y que jamás yerras el blanco.

GUALTERIO TELL.—Es cierto, señor, que mi padre, á los cien pasos, derriba una manzana de un árbol.

GESLER.—¿Es éste hijo tuyo, Tell?

TELL.—Sí, señor.

GESLER.—¿Tienes más hijos?

TELL.—Dos, señor.

GESLER.—Y á cuál de los dos quieres más?

TELL.—Quiero lo mismo á los dos.

GESLER.—Bien, Tell; puesto que aciertas á una manzana en el árbol, á los cien pasos, darás en mi presencia una prueba de tu destreza... Toma la ballesta. La tienes en la mano... y disponte á acertar una manzana en la cabeza de tu hijo. Pero te aconsejo que apuntes bien y que la toques al primer disparo, porque si la yerras, te va en ello la cabeza. (Todos se horrorizan.)

TELL.—Señor... ¿qué monstruosidad exigis de mí?... que yo, en la cabeza de mi hijo... no, no, buen señor, imposible que habléis formalmente... ¡Libreme de ello Dios misericordioso!... ¡No podéis mandarlo en vuestro juicio á padre alguno!

GESLER.—Tirarás á una manzana, puesta en la cabeza de tu hijo... ¡lo deseo y lo ordeno!

TELL.—¿Que yo apunte con mi ballesta á la cabeza de mi querido hijo?... ¡Prefiero morir!

GESLER.—¿O tiras, ó mueres con tu hijo!

TELL.—¿He de ser yo el asesino de mi hijo?... Señor, sin duda no los tenéis, é ignoráis lo que sufrirá el corazón de todo padre.

GESLER.—¿Qué prudente te has hecho de improviso! Me han dicho que eres un visionario, y que te has propuesto distinguerte de los demás hombres. Te agrada lo insólito... y he aquí por qué he escogido para tí esta hazaña llena de azares. Otro reflexionaría... tú, cierra los ojos, y acométela con resolución.

BERTHA.—No os burléis, señor, de estas pobres gentes. ¡Veis cuánta es su palidez y cuánto su temblor!... Tan poco acostumbrados están á considerar vuestras palabras como mero pasatiempo.

GESSLER.—¿Quién os ha dicho que hablo en són de burlas? (Coge una manzana del árbol, que está á su alcance.) Aquí está la manzana. Despejad el lugar cuanto sea necesario; te concedo ochenta pasos... ni menos, ni más... Se alaba de acertar á un hombre á los cien pasos. Tira ahora, y no yerres el blanco.

RUDOLFO.—¡Dios mío! Esto se pone serio... Arrodíllate, niño, y pide al Gobernador que te perdone la vida.

FURST. (Aparte, á Melchthal, que apenas puede dominarse.)—¡Refrenaos; yo os lo suplico; estaos quieto!

BERTHA. (Al Gobernador.)—¡Basta ya, señor! Es inhumano jugar así con las angustias de un padre. Aunque este pobre hombre, por su ligera falta, hubiese merecido morir, ¡por Dios! ya ha muerto diez veces. Dejadle que vuelva ileso á su cabaña. Ya os conoce, y así él como sus hijos se acordarán siempre de vos.

GESSLER.—Despejad el sitio... vamos; ¿por qué tiemblas? Has merecido la muerte, y puedo dártela; considera que, por la gracia que te hago, pongo tu suerte en la destreza de tu arte. Nadie debe quejarse del rigor de una sentencia, cuando se le erige en árbitro de su suerte. Te alabas de la seguridad de tu puntería. ¡Pues bien! Trátase ahora, oh tirador, de probarnos tu habilidad. El blanco es digno de ti, y grande la recompensa. Dar en lo negro del círculo, cualquiera otro lo hace. El verdadero maestro es aquel, en mi juicio, que siempre está seguro de sí mismo, y cuyo corazón ni perturba su vista ni hace temblar su mano.

FURST. (Arrodillándose ante él.)—¡Señor Gobernador, acatamos vuestro poder; pero sed misericordioso, no justo;

tomad la mitad de mis bienes, tomadlos todos; pero librad á un padre de tan horrible suplicio!

GUALTERIO TELL.—¡Abuelo, no te arrodilles ante ese mal hombre! Decid en dónde me he de poner. Yo nada temo. Mi padre acierta al ave volando, y no herirá el corazón de su hijo.

STAUFFACHER.—Señor Gobernador, ¿no os conmueve la inocencia de ese niño?

RÖSSELMANN.—¡Reflexionad que hay un Dios en el cielo, á quien daréis cuenta de vuestras acciones!

GESSLER. (Señalando al niño.)—¡Atadlo allí, en aquel tilo!

GUALTERIO TELL.—¡¡Atarme! ¡No, no quiero que me sujeten! Estaré quieto, como un cordero, y no respiraré si quiera. Pero si me atáis, no lo consentiré; no, forcejearé cuanto pueda.

RUDOLFO.—¡Deja que te venden los ojos, muchacho!

GUALTERIO TELL.—¿Por qué los ojos? ¿Creéis que tengo miedo á la flecha, disparada por la mano de mi padre? La esperaré con firmeza, y no pestañearé. ¡Pronto, padre; prueba que eres buen ballestero! No tiene en ti confianza, y se lisonjea de perdernos. ¡Tira y acierta, para afligir á este hombre cruel! (Acércase al tilo, y le ponen la manzana en la cabeza.)

MELCHTHAL. (Á sus compatriotas.)—¿Cómo? ¿Se cometerá este crimen en nuestra presencia? ¿Para qué sirven nuestros juramentos?

STAUFFACHER.—¡Es inútil! No tenemos armas. Observad las innumerables lanzas que nos rodean.

MELCHTHAL.—¡Oh! ¡Si hubiésemos realizado en seguida nuestro plan! ¡Que Dios perdone á quienes aconsejaron su aplazamiento!

GESSLER. (A Tell.)—¡A la obra! No se usan armas impunemente. Es arriesgado llevar un instrumento de muerte, y la flecha se vuelve á veces contra el que la dispara. Este

derecho orgulloso, que el labrador se arroga, ofende al señor supremo del territorio. Sólo debe llevar armas el que manda. Si os envanecéis, pues, de no separaros de vuestro arco y vuestras flechas, ¡sea en hora buena! Yo os proporcionaré blanco.

TELL. (Que tiende la ballesta, y pone en ella una flecha.)—¡Apartaos! ¡Plaza!

STAUFFACHER.—¿Cómo, Tell? Queréis... jamás... tembláis... vuestras manos están trémulas, vuestras rodillas vacilan...

TELL. (Que deja caer la ballesta.)—¡No ven claro mis ojos!

LAS MUJERES.—¡Dios del cielo!

TELL. (Al Gobernador.)—¡Libradme de este suplicio! ¡Aquí está mi corazón! (Descubriéndose el pecho.) Llamad á vuestros caballeros para que me maten.

GESSLER.—Para nada quiero tu vida, si tu tiro. Sí; todo lo puedes, Tell; nada te asusta; manejas el remo como la ballesta. Ninguna borrasca te amedrenta, cuando se trata de salvar á alguno. Sálvate ahora á ti mismo, salvador. Tú salvas á todos los demás. (Tell sufre tremenda lucha; sus manos tiemblan, y sus ojos se dirigen, ya al Gobernador, ya al cielo. De improviso coge su carcax, y saça de él una flecha y la esconde en su seno. El Gobernador observa todos sus movimientos.)

GUALTERIO TELL. (Bajo el tilo.)—¡Tira, padre! ¡No tengo miedo!

TELL.—Es preciso. (Se reanima, y se dispone á tirar.)

RUDENZ. (Que, mientras tanto, se ha dominado con trabajo, presa de la más violenta agitación, se adelanta.)—Señor Gobernador, no iréis más allá, no... era sólo una prueba... habéis conseguido vuestro fin... El extremado rigor es enemigo de la prudencia, y el arco, demasiado tendido, se rompe.

GESSLER.—Callaos hasta que os manden hablar.

RUDENZ.—Quiero y debo hablar. La honra de mi Rey es sagrada para mí, y esta conducta sólo odio concita. No es

ése el deseo del Soberano... Me atrevo á sostenerlo... Mi pueblo no merece castigo tan cruel, y no tenéis facultades para infligirlo.

GESSLER.—¡Ah! ¡Os atrevéis!...

RUDENZ.—He callado hasta ahora ante tanto abuso como he presenciado. Hiceme el ciego, viendo, y he encerrado en mi pecho mi indignación y mi ira; pero guardar más tiempo silencio, sería una traición á mi patria y á mi Emperador.

BERTHA. (Que se interpone entre Rudenz y el Gobernador.)—¡Oh, Dios! Irritáis aún más á este furioso.

RUDENZ.—He abandonado á mis conciudadanos, á mis parientes, á todos los lazos naturales, para serviros tan sólo... Creía obrar bien, contribuyendo á consolidar el poder del Emperador... La venda cae ya de mis ojos... Temblando me veo ya arrastrado al borde del abismo. Habéis pervertido mi juicio, libre en su origen, y emponzoñado mi corazón, antes sano... Hallábame próximo, con la mejor voluntad del mundo, á perder á mis compatriotas.

GESSLER.—¿Te atreves, oh temerario, á hablar así á tu señor?

RUDENZ.—El Emperador es mi señor, no vos... Libre he nacido yo aquí, como vos, y os soy igual en todas las cualidades de caballero. Y si no estuvieseis aquí en nombre del Emperador, á quien yo honro, cuando vos lo ultrajáis, arrojaría aquí el guante, en vuestra presencia, y habrías de darme satisfacción con arreglo á las leyes de caballería... Sí; haced señales á vuestros soldados; no estoy sin armas, como los que... (Indicando al pueblo.) Tengo una espada, y el que se me acerque...

STAUFFACHER. (Gritando.)—¡La manzana ha caído! (Mientras se volvían todos hacia el Gobernador y Rudenz, separados entre sí por Bertha, Tell ha tirado su flecha.)

RÖSSELMANN.—¡El niño vive!

MUCHAS VOCES.—¡La manzana ha caído! (Gualterio Fürst vacila, y está á punto de desmayarse. Bertha le sostiene.)

GESSLER. (Admirado.) ¿Ha tirado? ¿Cómo? ¿Este insensato...?

BERTHA.—El niño vive. ¡Tranquilizaos, buen padre!

GUALTERIO TELL. (Que llega saltando con la manzana.) ¡Aquí está la manzana, padre! Ya sabía yo que tú no herirías á tu hijo. (Tell está con el cuerpo inclinado, como si quisiera seguir á la flecha disparada; deja caer en tierra la ballesta; cuando ve venir al niño, corre á su encuentro con los brazos abiertos, y lo estrecha con efusión contra su pecho; en esta situación, está á punto de desmayarse.)

BERTHA.—¡Oh, Dios misericordioso!

FURST. (Al padre y al hijo.) ¡Hijos, hijos míos!

STAUFFACHER.—¡Loado sea Dios!

LEUTHOLD.—¡Tiro ha sido! Siempre se hablará de él.

RUDOLFO.—Se recordará á Tell, el ballestero, mientras duren estas montañas. (Entrega al Gobernador la manzana.)

GESSLER.—Le ha dado en el centro. Ha sido un tiro maestro, digno de alabanza.

RÖSSELMANN.—Bueno fué el tiro; pero ¡ay de aquel que lo ha forzado á tentar á Dios!

STAUFFACHER.—¡Reanimaos, Tell! Levantaos; os habéis portado varonilmente, y ahora, con toda libertad, podréis regresar á vuestra casa.

RÖSSELMANN.—Andad, andad; llevad ese niño á su madre (Intentan llevárselo.)

GESSLER.—¡Oye, Tell!

TELL. (Volviendo atrás.)—¿Qué mandáis, señor?

GESSLER.—Ocultaste una flecha en tu pecho... Sí, sí; lo vi bien... ¿Con qué objeto?

TELL. (Confuso.)—Señor, es costumbre usada por los ballesteros.

GESSLER.—No, Tell, no es verdad. Otro ha sido tu objeto. Dime la verdad, libre y francamente, Tell. Sea lo que

fuere, te garantizo la vida. ¿Para qué esa segunda flecha?

TELL.—Bien, señor; puesto que me aseguráis la vida... os diré toda la verdad. (Saca la flecha del seno, y lanza al Gobernador una mirada terrible.) Con esta segunda flecha hubiera atravesado... á vos, si hiriese antes á mi hijo querido, y la vuestra... de seguro no hubiese errado el blanco.

GESSLER.—¡Bien, Tell! Te he prometido la vida, y no faltaré á mi palabra de caballero... Sin embargo, conociendo ya tus intenciones perversas, te llevaré y guardaré en donde no veas más el sol ni la luna, y así no temeré tus flechas. ¡Sujetadlo, soldados; atadlo! (Ata á Tell.)

STAUFFACHER.—¿Cómo, señor? ¿Es posible que tratéis así á un hombre, tan visiblemente protegido por Dios?

GESSLER.—Veremos si Dios lo protege por segunda vez... Que lo lleven á mi barca. Lo seguiré inmediatamente, y yo mismo lo llevaré á Kussnacht.

RÖSSELMANN.—No osaréis hacerlo, ni aun el mismo Emperador, porque lo impiden nuestras franquicias.

GESSLER.—¿En dónde están? ¿Las ha confirmado el Emperador? No... Obtendréis esa gracia por vuestra sumisión. Sois rebeldes al Emperador, y sólo abrigáis deseos sediciosos y proyectos insensatos. Os conozco á todos bien... veo cuanto pasa en vuestro corazón... Si me llevo este hombre de entre vosotros, todos sois reos de su delito. Que aprenda el prudente á callar y obedecer. (Vase, siguiéndole Bertha, Rudenz, Rudolfo de Harras, y sus servidores, quedándose Friesshardt y Leutholdo.)

FURST. (Presa de dolor inconsolable.)—¡Se fué! Ha resuelto perderme á mí y á mi familia.

STAUFFACHER. (Á Tell.)—¿Por qué encolerizar más á ese furioso?

TELL.—¿Quién se domina, sintiendo el dolor que yo?

STAUFFACHER.—¡Oh! ¡Todo, todo se ha perdido! Con vos, todos hemos sido presos y encadenados.

OTROS SUIZOS. (Que rodean á Tell.)—Con vos se va nuestro último consuelo.

LEUTHOLDO. (Acercándose á Tell.)—¡Os compadezco, Tell!... Sin embargo, me veo en la necesidad de obedecer.

TELL.—¡Que Dios os guarde!

GUALTERIO TELL. (Abrazando á su padre, con el mayor dolor.) ¡Oh, padre, padre! ¡Oh, padre mío querido!

TELL. (Levantando los brazos al cielo.)—¡Allí está nuestro padre! ¡Invocadlo!

STAUFFACHER.—¡Nada digo á vuestra esposa de vuestra parte?

TELL. (Levantando á su hijo, y estrechándolo contra su pecho.) Mi hijo está ileso. ¡Dios me ayudará! (Aléjase con precipitación, y sigue á los criados armados del Gobernador.)

ACTO IV.

Ribera oriental del lago de los Cuatro Cantones.—Rocas extrañas y escarpadas limitan la vista al Oeste. El lago está revuelto, y al ruido de su oleaje acompañan relámpagos y truenos.

ESCENA PRIMERA.

KUNZ DE GERSAU, un PESCADOR y su HIJO.

KUNTZ.—Lo ví con mis ojos; podéis creerlo. Todo sucedió como os he dicho.

EL PESCADOR.—¡Tell preso y llevado á Kussnacht! El hombre mejor de este país, el brazo más esforzado, si se hubiera de combair por la libertad.

KUNTZ.—El mismo Gobernador lo conduce al lago. Estaban á punto de embarcarse, cuando dejaba yo á Flüelen; pero la tempestad, que se acercaba, y que me ha obligado á desembarcar aquí, habrá detenido acaso su marcha.

EL PESCADOR.—¡Tell en la cárcel y en poder del Gobernador! ¡Oh! Estad convencidos de que lo sepultará en un calabozo, bastante profundo para que no lo visite jamás la luz del día, porque ha de temerse la justa venganza del hombre libre á quien ha ofendido cruelmente.